

14 **librepensadoras** delphine de vigan

algo grande y potente". "La gratitud siempre ha sido una de mis inquietudes, porque a pesar de que solemos decir gracias 20 o 30 veces al día, no es algo sencillo de ofrecer. La verdadera gratitud muchas veces viene acompañada de sentimientos encontrados: a veces no nos ha dado tiempo a expresarla y nos sentimos culpables, otras nos mostramos incómodos porque la gratitud tiene un componente formal que nos molesta", incide.

Tal y como distingue en el libro, existen las "gracias" como fórmula de cortesía, mecánicas, pero solo puntualmente son una expresión sincera. "¿Os habéis preguntado cuántas veces en la vida habéis dado realmente las gracias? ¿A quién? ¿Al profesor que os abrió la puerta al mundo de los libros? ¿Al joven que intervino cuando os agredieron en la calle? ¿Al médico que os salvó la vida? ¿A la vida misma?", apela en la introducción. En torno a esas cuestiones destaca también el papel del lenguaje.

Michka sufre de afasia, un trastorno que impide pronunciar correctamente las palabras por una lesión cerebral. Esta anomalía conduce en la novela a unos extractos donde se cavila sobre el lenguaje y, aparte, ha provocado que De Vigan diera unas instrucciones contundentes sobre la traducción. Salpica las páginas con términos inventados, con cambios de letras que la protagonista emite y que

"Publicar un libro sobre algo personal tiene sentido cuando esa historia propia puede tener un carácter universal y entrar en resonancia con las de otras personas"

juegan con el resto de la frase e incluso sirven para culminar la historia con unos guiños de ternura y comicidad.

"Creo en el poder del lenguaje. Lo conocemos. Sabemos que ayuda, si no a reparar, a comprender el pasado", sostiene la autora. De hecho, Jérôme elucubra sobre la materia en su oficio y lo relaciona con otra de las preocupaciones de De Vigan: "Soy logopeda. Trabajo con las palabras y con el silencio. Con lo que no se dice. Trabajo con la verdad, con los secretos, con los remordimientos. Trabajo con la ausencia, con los recuerdos que ya no están y con los que resurgen tras un nombre, una imagen, un perfume. Trabajo con el dolor de ayer y con el de hoy. Con las confidencias. Y con el miedo a morir. Pero lo que más me sigue sorprendiendo, lo que me alucina incluso, lo que aún hoy —tras más de 10 años de práctica— me deja a veces sin aliento, es la perdurabilidad de las penas infantiles. La huella ardiente, incandescente, que dejan a pesar de los años. Una huella indeleble".

Idea que se suma a las que suele tratar en sus obras. A sus 54 años, la autora ocupa un lugar privilegiado de las letras francesas tras exponer sus cuitas más íntimas. En 2001 sacó *Días sin hambre* bajo el pseudónimo de Lou Delvig. Lo hizo como método de protección: su padre —violento y destructivo— no hubiese soportado ver su apellido en un testimonio descarnado sobre la anorexia que sufrió su hija hasta los 19 años. De Vigan rememora ese periodo como "un crimen

contra uno mismo, una manera de hacerte daño cuando muchas otras cosas no funcionan". Así fue abriéndose hacia el resto de su bibliografía. De Vigan dio el salto a la gran pantalla con *No y yo*, de 2007, donde habla de una relación entre una adolescente superdotada y una indigente para desplegar una serie de interrogantes inmutables en su narrativa.

Aprender a perder

Repetiría la adaptación al cine con *Basada en hechos reales* (2015), esta vez con Roman Polanski tras la cámara y precedida de su gran éxito, *Nada se opone a la noche*, de 2011. En ambas se asomaba a la tan cacareada autoficción, pero en esta última jugaba con más géneros y tocaba un material sensible como la bipolaridad de su madre, Lucile, y su suicidio. De Vigan se encontró su cadáver en medio del pasillo y elaboró un caleidoscopio familiar para descifrar quién había sido su progenitora. Descubrió entonces eso que ha pincelado de nuevo en *Las gratitudes*: que "el cuerpo no olvida" y que existe un temor automático a reproducir lo sufrido, "repetir los mismos errores como una maldición". "Puedo leerlo en sus caras y escucharlo en sus voces, apreciar a simple vista cómo palpita en sus cuerpos, en sus venas. En circuito cerrado", indica Jérôme en el libro.

Su silencio hasta aquella publicación, que obtuvo varios galardones y algunos consideran un clásico contemporáneo, le arrastró a la conclusión que repite a menudo: "La palabra es terapéutica en sí misma, pero publicar un libro sobre algo personal tiene sentido cuando esa historia propia puede tener un carácter universal y entrar en resonancia con las de otras personas". "Para mí eso es lo que podría explicar el éxito de esas mis novelas más personales: son como un espejo", razona la escritora.

Espejo que funciona en *Las gratitudes*, continuación instintiva de *Las lealtades* (2018) y posible bisagra de una trilogía aún sin planificar. A pesar de que los nombres no se corresponden con ninguna persona en particular, De Vigan también ha deslizado algo de su esfera próxima. Michka, la mujer que trata de recuperar la comunicación y de ponerse en contacto con la pareja que la protegió de una huida de los nazis, tiene toques de su tía Monique, que murió a los 99 años. Cuidó de ellas y de su hermana ante las ausencias de su madre, ingresada durante temporadas en sanatorios por sus crisis mentales.

"Mi tía pasó los últimos días de su vida en una residencia y al final perdió el lenguaje, pero no de la forma en la que lo hace Michka. De hecho, el nombre es también un homenaje a ella, pues cuando éramos niñas nos leía unos cuentos sobre un oso que se llamaba así. La visitaba mucho en un intento de devolverle parte de lo que me había dado. El resto, naturalmente, es ficción", arguye irónicamente. Pues De Vigan toca en esta novela otro pilar de su escritura: la muerte. Aquí desliza que "debería estar prohibida" y habla de la vejez como "una vida reducida, menguada, pero perfectamente ordenada" consistente en "pasos cortos, cantidades pequeñas, meriendas frugales, salidas breves y visitas rápidas".

Saldar las cuentas antes de desaparecer es otra máxima que reitera en *Las gratitudes*. Envejecer, dice, es aprender a perder. Asumir un nuevo déficit, un nuevo deterioro. Despedirse de la memoria, de los referentes o hasta del sueño. Todo imparable y que ahora se ha acentuado: "La pandemia nos ha impactado porque muchos mayores han muerto en soledad, sin haber podido escuchar a las personas que aman, sin estar acompañados. Eso es lo más terrible. Más allá de la muerte está la idea de poder comunicarse", zanja, volviendo sobre unas líneas escritas en 2019 que, un año después de todo, parecen proféticas. ■